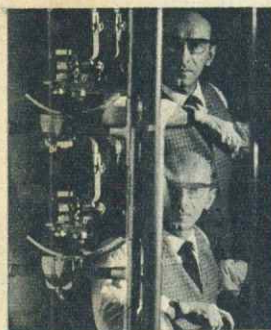


ESPAÑÓLES DE 5 EN 5



Andrés SEGOVIA

Le veo como un gran Buda de la guitarra, a la que sacó del arroyo, donde permanecía desde el tiempo de la dominación árabe, con pena pero sin gloria. Fue este gran intérprete, tenido por granadino, pero nacido en Linares, el que inició el rango universal de que goza la guitarra española, con la que se han hecho coplas malas, madera de tópicos. De la noche de juerga en la taberna, Andrés Segovia sacó a la guitarra con los pies descalzos y la llevó para dialogar con ella a los jardines de Granada, entre mirtos y surtidores.

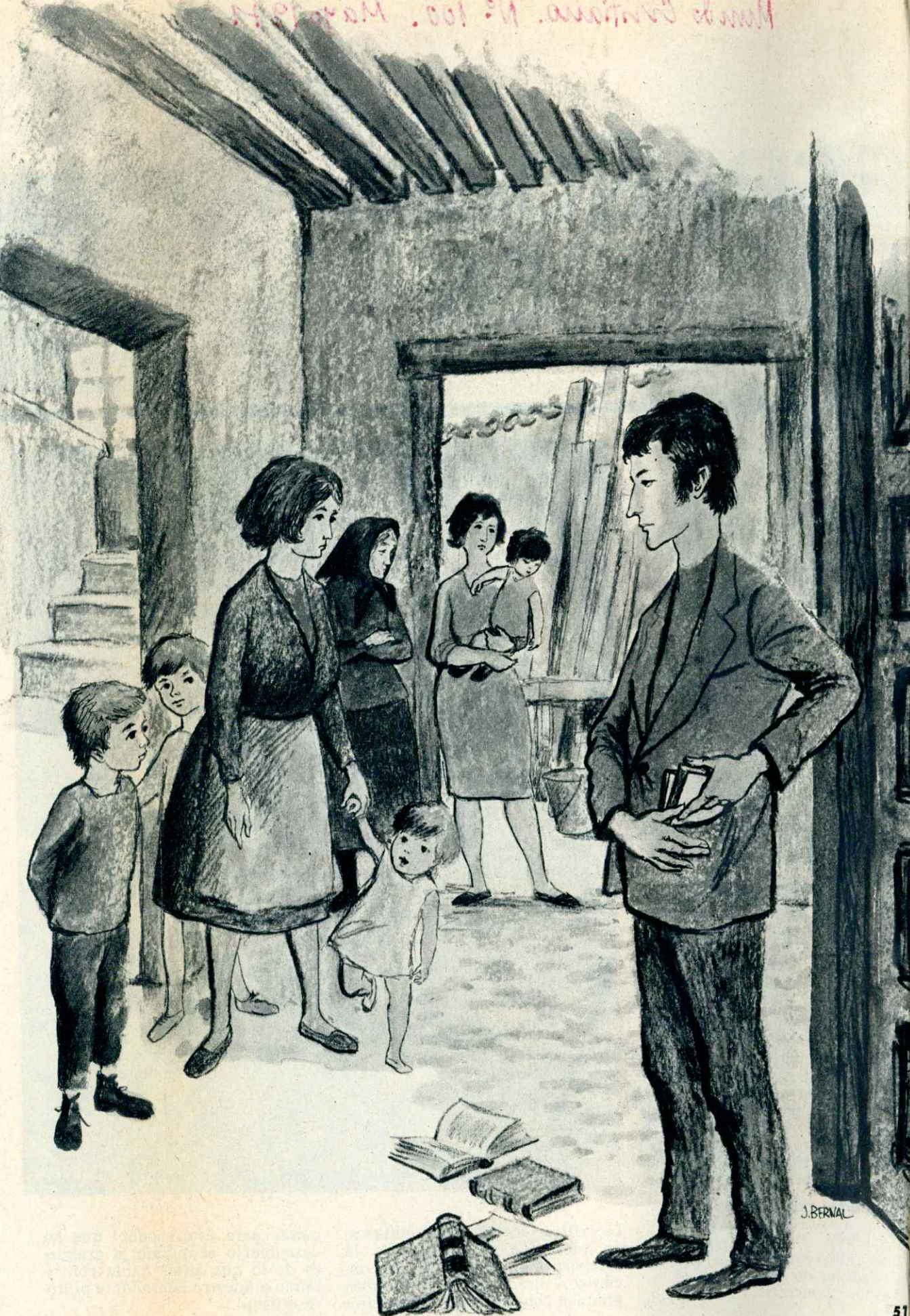
De allí a las salas de conciertos más importantes del mundo parece que no medió más que un paso, el impulso personal del intérprete de excepción; pero la realidad es que Segovia hubo de recorrer su vía crucis, abrazado a la guitarra, porque nadie creía entonces que pudiesen interpretarse con este instrumento popular las partituras de los grandes compositores.

Es precisamente Falla quien introduce a Andrés Segovia en casa de madame Debussy, en París. Su concierto en el Conservatorio fue el punto de partida en su carrera de concertista universal.



La crítica reconoció a la guitarra, en manos de Andrés Segovia, la categoría de instrumento de concierto, y desde entonces los más grandes compositores escribieron

piezas para este español que ha descubierto al mundo la grandeza de lo que antes había contribuido a nuestro degradante pintoresquismo.



J. BERNAL

En su «ardiente oscuridad» hay una franja luminosa. De niño, en Valencia, correteaba por el jardín de su casa tras un cordero que él mismo había engan-

chado a un carro. Podría dibujar con todo detalle el órgano de la iglesia de Sagunto, donde nació.

Y, de pronto, cambió de luz,



Vamos a ir conociendo, de cinco en cinco, españoles y españolas de hoy que por su nombradía, su ámbito, su talante famoso, en fin, merecen la atención leve de estas pinceladas impresionistas que MARINO GOMEZ-SANTOS, con las «medias verónicas» de sus medallones biográficos, y GYENES, con sus excepcionales retratos, nos ofrecen a partir de hoy.



Joaquín RODRIGO

como el personaje del cuento de Clarín, «para ver por dentro».

Pudo haber sido poeta o novelista, pero le ganó el estudio de la música, que era en el colegio una asignatura más, a la que dedicó un entusiasmo progresivo.

No alcanzó a poder ver el clavicén de Wanda Landowska, que fue expuesto en el escaparate de un teatro, en Valencia.

Vive en París y estudia con Paul Dukas. Allí comienza a trabajar en el «Concierto de Aranjuez». Desde el Barrio Latino intuye los jardines que apenas conocía cuando comenzó a escribir la obra. Su título se lo inspira la música misma, un poco de Corte, muy castiza, del siglo XVIII. Ya de regreso a Madrid, en 1940, instrumenta la obra en la que la guitarra dialoga con la orquesta.

Desde entonces ha escrito decenas de partituras de gran inspiración sentado al piano en su piso de la madrileña calle de Villalar, desde donde ya no puede oír el canto de las cigarras ni de los grillos, pero sí las campanas del reloj de Correos.

el permanente frescor de

Firdrak



FIRDRAK,
SUAVE
FRESCOR
QUE
PERMANECE

Firdrak

Una sola aplicación de FIRDRAK basta para eliminar los desagradables efectos de transpiración. Y su acción desodorante se mantiene todo el día.



ESPAÑOLES DE 5 EN 5

Pablo
CASALS

gorriones— a París. Iba a escuchar música, por consejo de Gewaert, y, entretanto, gana por concurso una plaza de violonchelista en la orquesta del Folies Marigny. Los cuatro francos diarios que cobra y las calamidades por las que tiene que atravesar la familia hacen que Casals y los suyos regresen a Barcelona.

Es ya un genio. Profesor del Conservatorio de Barcelona. Primer violonchelo del teatro del Liceo. Comienzan sus conciertos, sólo o con Granados. La Reina le regala un violonchelo «Gagliano», al cual manda incrustar un zafiro como recuerdo. Su nombre internacional comienza con el estreno de «Tristán e Isolda», de Wagner, dirigido por Lamoureux, en París. Su carrera estelar le da ocasión de recorrer el mundo con su violonchelo. Así, toca en Inglaterra para la Reina Victoria, en su palacio de la isla de Wight y en la Casa Blanca para Roosevelt. En la Rusia de la revolución de 1905 es recibido en la Sala de la Nobleza de San Petersburgo. Rimsky-Korsakov admira a Casals, como Rachmaninow. En París, Bergson le interroga sobre la esencia de la música.

Su vida de apoteosis es toda una historia apasionante. En esta fotografía de Gyenes, en la que aparece estudiando, Pablo Casals viene a decirnos que la obra del genio no es más que una larga paciencia.

Es, con Picasso, la más grande muestra de la genialidad idérica andante. Longevo como un dios mitológico, aseguran los biógrafos que está al borde de los noventa y cinco años. A la sombra de una esposa en flor, Martita Montañez, no parecería que casi un siglo de Historia le contempla.

El hijo del organista de El Vendrell, siendo aún niño, se traslada a Barcelona para estudiar en la Escuela Municipal de Música. Para pagar el modestísimo alquiler en casa de unos carpinteros amigos, toca por las noches en el café Tost, de Gracia. Allí le conoce Albéniz, que le recomien-

da al conde de Morphy, secretario de la Reina, que le introduce en la Corte. Así llega a tomar clases de composición con el maestro Betrón y estrena en el Salón de Música del palacio real un cuarteto que había compuesto a los catorce años. El mismo interpreta la parte de violonchelo ante la Reina y la infanta Isabel.

Es precisamente la Reina—con quien el joven Casals había tocado el piano a cuatro manos— quien le envía a Bruselas para que estudie con Gewaert, director del Conservatorio. De allí se traslada con su madre y sus hermanos —pobres como

Narciso YEPES

Es un gran tímido que se expresa por medio de la guitarra. Detrás de los gruesos cristales de sus gafas, los ojos se mueven ávidamente, a pesar de su fatiga. Quiere saberlo todo, captarlo todo, porque su inquietud se hipersensibiliza más cada vez en el proceso de su personalidad. No es Narciso Yepes un concertista de guitarra que interpreta con técnica más o menos perfecta, sino que se trata de un creador de nuevos registros y sonoridades, lo que le han llevado a añadir cuatro cuerdas a la guitarra.

Enfermo de la vista desde muy temprana edad, esa misma limitación hizo que se desarrollase en él una sensibilidad para la música, aunque sin exclusividad, porque Yepes está siempre al día en cuanto a los problemas actuales de tipo general que inquietan o estimulan nuestro tiempo. Así, en su casa no hay sólo partituras, sino libros, muchos libros en varios idiomas, donde sacia momentáneamente su afán de información, a pesar de las dificultades que le ofrece su limitación visual.

En Japón es un verdadero ídolo. Su amigo, José María Gironella, lo ha contado en un libro al regresar de un viaje que realizaron juntos. Ahora debe estar allí cumpliendo contratos de conciertos para auditorios multitudinarios.



El éxito no ha ablandado su espíritu investigador, su deseo de saber más. En uno de sus viajes a los Estados Unidos se detuvo varios días para estudiar en la Universidad de Berkeley manuscritos de música polaca del siglo XVI dedicada a la guitarra en su totalidad.

Practica varios idiomas, maneja un considerable vocabulario japonés y alguna vez ha confesado que el yoga, al que dedica el tiempo justo, sin fanatismos, le ha servido mucho para su vida.

José ITURBI



de música, a los cinco años, de la profesora María Jordán. Su primera peseta la ganó tocando el armonium en la iglesia de la Trinidad. A los seis años tocaba el piano en el café Cid, de la plaza de la Virgen de los Desamparados, de Valencia, donde le pagaban con medio mantecado. Luego trabajó en cines, como pianista.

Con una beca de la Diputación de Valencia se traslada a París para estudiar en el Conservatorio a la edad de catorce años. Pero no vive de la beca —mil cuatrocientas pesetas anuales—, que ofrece a su familia, que ha quedado en Valencia, sino que comienza a tocar el piano en otro café.

Estudia. Obtiene éxitos en el Conservatorio. Se traslada a Ginebra, donde desempeña la cátedra de virtuosismo que había ocupado Listz. El famoso Gabeau, de París, le contrata. Comienza su vida de conciertos por todo el mundo. Va a los Estados Unidos en 1929 para tocar con la Filarmónica de Nueva York en Carnegie Hall, y allí se desarrolla su carrera a escala universal, no solo como pianista, sino como director de orquesta.

Este valenciano, vecino de Beverly Hills desde hace más de cuarenta años, sigue conservando la nacionalidad española y un huerto de naranjos en Levante denominado «La cotorra». Podía vivir tranquilo con su colección de pianos y sus Renoir, Greco, Braque, Zuloaga, Toulouse-Lautrec y demás preciados ejemplares de su pinacoteca; pero su naturaleza de huertano inquieto no se lo permitiría.

En su vida musical fue un niño prodigio. Hijo de un afinador de pianos, comenzó a recibir clases

La lucha por la vida le ha curtido de tal manera, que al llegarle el éxito, todavía en sus años de juventud, no quiso dejarse arrastrar por el canto de las sirenas. A los setenta y tantos años ha llegado a dos conclusiones: que no hay motivo para lamentarse, ya que ha podido dedicarse a lo que constituía su vocación, y que hay que ser modesto para hacerse perdonar por haber triunfado.